

Teoría y métodos en la Historia de la conquista de México, de William H. Prescott

DOI: 10.17230/co-herencia.20.39.1

Iván Jaksic*

El historiador William Hickling Prescott (Salem, 1796 - Boston, 1859) publicó la famosa *History of the Conquest of Mexico* en tres gruesos tomos, en 1843. La obra tuvo un impacto inmediato, en parte por la reputación de Prescott como un historiador serio, y en parte por una prosa que resultaba atractiva para un público ya acostumbrado a la lectura, en especial de novelas. Además, entre 1819, año del acuerdo Adams-Onís que fijó los límites entre Estados Unidos y México, y de la guerra entre ambos países en 1846-1848, surgió con fuerza el interés por los asuntos hispanoamericanos. La obra de Prescott apareció en ese contexto, y además proporcionó un modelo de estudios históricos basados en fuentes documentales. No existía un estudio equivalente en extensión y profundidad publicado en inglés, de modo que se instaló muy pronto como una obra fundamental de historiografía, que impacta hasta el día de hoy.

La obra de Prescott es destacable por su uso crítico de las fuentes. La historia, para él, era “sobria” y se regía por “reglas severas”. Afirmó que las fuentes escritas eran más confiables que

* Director, Bing Overseas Studies, Stanford University.

las orales, pero que aun ellas podían estar sesgadas. En particular, era escéptico del “chismorreo” de los monjes cronistas (2004, p. 50).¹ Prácticamente ningún historiador se salvó de la crítica de Prescott por sus prejuicios étnicos o religiosos. Así, Prescott podía considerar que la *Storia Antica del Messico* (1780-1781) de Francisco Xavier Clavijero era superior a las obras relacionadas de Guillaume-Thomas Raynal y de Cornelius de Pauw puesto que su autor “ha aplicado sólidos principios de criticismo, cosa de la que estos eran incapaces” (Prescott, 2004, p. 53). La forma de acercarse a las fuentes lo alejó de los supuestos de la llamada Leyenda Negra, que tenía sus bases en la obra de Bartolomé de las Casas, cronista cuyo “defecto como historiador es que escribió historia, como todo lo demás, bajo la influencia de una idea dominante” (2004, p. 193). Las Casas tenía un “generoso propósito”, pero “también ha desviado demasiado a menudo su juicio de la estricta línea de la imparcialidad histórica” (p. 247).

Fiel a sus métodos, Prescott citaba solamente aquella evidencia que surgía de la correspondencia, de los documentos judiciales y de las memorias, tanto de actores del período como de historiadores confiables. El uso de las fuentes -miles de páginas provenientes de una variedad de archivos, incluyendo el de la Real Academia de la Historia en Madrid- era muy notable en el contexto de la historiografía de mediados del siglo XIX. También lo era su cautela: “No es muy seguro”, dijo, “utilizar otra cosa que *probablemente* en esta historia” (Prescott, 2004, p. 295, nota), preguntándose al mismo tiempo si no se debería ser “más receloso a la hora de aplicar la norma del presente para medir las acciones del pasado” (2004, p. 308).

Historiadores recientes han validado el uso de las fuentes por parte de Prescott, como también la estructura de su *History of the Conquest of Mexico*. Si bien la descripción de algunos eventos se ha modificado, reinterpretado o enriquecido desde la publicación original, la obra, que sigue imprimiéndose, continúa siendo una referencia obligada. El historiador James Lockhart, quien escribió el prólogo de la edición del Modern Library en 2001, consideró que “No hay otro lugar en donde [los lectores] puedan encontrar una

1 Para las citas utilicé la traducción de Rafael Torres Pabón (Prescott, 2004).

mejor narrativa de los sucesos principales, las crisis y el curso de la historia de la conquista de México que en la versión de Prescott” (2001, p. xxv). Más allá de la conquista misma, son los métodos históricos, la teoría de la historia y la forma de narración los que hacen de la *Conquista de México* un clásico de la historiografía.

El autor

El joven Prescott estudió latín y griego bajo la tutela de John S. J. Gardiner, rector de la iglesia Trinity en Boston, y luego continuó sus estudios en Harvard entre 1811 y 1814. Allí perdió la visión del ojo izquierdo cuando recibió el impacto de un pan duro durante un típico desorden estudiantil. Poco después, su ojo derecho padeció una serie de inflamaciones que requerían constante atención médica y que lo obligaron a abandonar la carrera de Derecho (la profesión de su padre) y buscar otra alternativa. La familia era lo bastante acomodada para financiarle un tratamiento en Europa en 1815, y apoyarlo económicamente hasta que Prescott adquirió fortuna gracias a su matrimonio y al extraordinario éxito de ventas de sus libros, cuando ya era un hombre maduro.

Luego del accidente, fue inclinándose de manera paulatina hacia el mundo de las letras. Para 1824, algunas notas sobre literatura española empezaron a figurar en sus diarios. El 18 de abril de ese año, por ejemplo, hizo algunas breves anotaciones sobre Miguel de Cervantes. Para el 20 de noviembre, decidió elaborar una lista de autores españoles, y ya el 13 de febrero de 1825 anotó el haber iniciado el estudio sistemático de la lengua española y haber leído (o más bien escuchado la lectura) de las *Cartas Marruecas* de José Cadalso, *Don Quijote*, de Cervantes, y *La Araucana* de Alonso de Ercilla. Respecto de este último poema épico, sus comentarios revelan un claro avance en el análisis literario. Durante julio de 1825, leyó las *Cartas de España* de José María Blanco White, y para diciembre parecía decidido a investigar algún tema relacionado con la historia y las letras de España.

Prescott creció en un ambiente en el que los estudios hispánicos no estaban particularmente desarrollados. Había escuchado algunas

referencias negativas sobre España relacionadas con la denominada Leyenda Negra y leído algunos fragmentos del *Amadís de Gaula* y *Don Quijote*. También estaba familiarizado, al menos de oídas, con el tema de la Inquisición. A su padre le comentó que, en el examen de admisión a Harvard en 1811, el comité parecía compuesto por “jueces de la Inquisición”. A él y sus compañeros, todos muy asustados, “nos hicieron descender a un recinto para interrogarnos separadamente”. La Inquisición era una de las referencias más frecuentes cuando se hablaba de España, Portugal y sus respectivos dominios.

Camino a Londres en 1815, Prescott escribió a sus padres acerca de su paso por las Azores, comentando que le impactaba la ausencia de una ética de trabajo y la pobreza de los países católicos. Con su amigo William H. Gardiner fue incluso más concluyente: “Resulta interesante para el ciudadano de un país libre, que florece gracias a la influencia de una religión benévola, el contemplar la degradación de la naturaleza humana bajo el poder arbitrario y la superstición papal” (marzo de 1816, en Ticknor, 1864, p. 39).² En este sentido, Prescott reflejaba la perspectiva anglosajona de una cultura ibérica retrógrada, clerical e inquisidora.

A pesar de sus problemas oculares, Prescott terminó su primera gran obra, *History of the Reign of Ferdinand and Isabella* (1837), después de siete años y medio de intensa labor y concentración. Redactaría varios títulos más en las siguientes décadas, como el *History of the Conquest of Mexico* (1843), *History of the Conquest of Peru* (1847), el extenso apéndice al *History of the Reign of the Emperor Charles the Fifth* (1857), y tres tomos de la inacabada *History of the Reign of Philip the Second, King of Spain* (1855-1858). Prescott redactó además numerosos artículos y reseñas, que compiló y publicó en ediciones revisadas de las *Biographical and Critical Miscellanies* (1845 y 1850).

Gracias a esta productividad y popularidad como historiador, Prescott se transformó en una celebridad internacional y, sin duda, en uno de los historiadores estadounidenses más leídos del siglo XIX. También fue admirado por su esfuerzo para superar su discapacidad mediante largas horas de trabajo escribiendo en la oscuridad,

2 Las traducciones de las citas de los textos en inglés son de mi autoría.

arriesgando la poca visión que le quedaba leyendo manuscritos o escuchando la lectura de sus varios secretarios cuando ya no podía forzar más su debilitado ojo. Tal persona invitaba a una merecida admiración. Era una leyenda en vida.

El reconocimiento del obvio mérito de Prescott, su nivel de concentración y claridad en cuanto a objetivos han tendido a soslayar algunos aspectos de su trayectoria. En primer lugar, no siempre se reconoce que el historiador enfrentó serias dudas y postergó su decisión múltiples veces antes de comenzar a estudiar la historia de España. En segundo lugar, la idea de un historiador heroico, prácticamente ciego, escribiendo a solas y contra todo tipo de obstáculos, tiende a pasar por alto la considerable ayuda que recibió de una red internacional de contactos, remunerados y no remunerados, que le proporcionaron todo tipo de documentos, manuscritos e impresos. En este sentido, brillan por su ausencia en los epistolarios y las biografías los aportes de numerosos hispanoamericanos que le proporcionaron lecturas críticas y corrigieron sus errores. En tercer lugar, su elección temática, que parecía ser tan novedosa y tan confiable como historia, tuvo como efecto el que rara vez se cuestionaran sus supuestos. Por ejemplo, ¿no reiteraban sus obras los prejuicios más generalizados de la cultura anglosajona? Su énfasis en la decadencia de España, ¿no era acaso un espejo en el cual se miraba un país como el suyo, Estados Unidos, en vías de expansión imperial? ¿Influyó el unitarismo al que adhería en su perspectiva de las religiones precolombinas y del catolicismo ibérico? ¿Por qué se concentraba en ciertos actores y temas, como los reinados de Fernando e Isabel, los conquistadores Hernán Cortés y Francisco Pizarro, y el conflicto entre los pueblos cristianos e indígenas?

Prescott mismo describía su *History of the Conquest of Mexico* como la continuación natural de *History of the Reign of Ferdinand and Isabella*, puesto que fue durante aquel reinado que zarparon las flotas de Colón, lo que a su vez derivó en la conquista del hemisferio, incluyendo partes de lo que después sería Estados Unidos. Su interés principal, sin embargo, era la historia política del Imperio español y compartía los intereses de la primera generación de hispanistas estadounidenses en cuanto a la decadencia del Imperio.

Tal énfasis se debía a tres razones principales: la primera, porque España ejemplificaba el auge y declive de los imperios, y muchos veían en ello una lección importante para la emergente república. En segundo lugar, porque España había introducido la esclavitud africana en el hemisferio y, por lo tanto, era responsable de sus consecuencias. De esta forma, este segmento de intelectuales podía distanciarse de la propia responsabilidad en la persistencia de la esclavitud. En tercer lugar, el concepto de “carácter nacional” manifestado en la historia y la literatura había arraigado en el ámbito intelectual estadounidense luego de la Guerra de 1812.

En ese orden de ideas, España representaba la encarnación del concepto de carácter nacional y se definía a partir de dos rasgos principales: la religión y el despotismo. Si la religión, católica en particular, y el despotismo -representado por la Contrarreforma de Carlos V y Felipe II- lograron corromper a una prometedora nación, entonces se podían extraer lecciones de cómo darle un papel constructivo a la primera, e impedir el avance del segundo. Con diferentes grados de sofisticación, y por diferentes medios, esta nueva generación se preocupó de investigar uno, ambos, o una multiplicidad de estos elementos. Sus intereses no eran por completo nuevos, puesto que, como lo ha demostrado Bernard Bailyn, la generación de la independencia (el abuelo de Prescott luchó en Bunker Hill), compartía preocupaciones similares respecto de la esclavitud y el despotismo británico.

La relación intelectual más cercana la tuvo Prescott con George Ticknor, profesor de Harvard y autor de la monumental *History of Spanish Literature* (1849). También con otros amigos y colegas, como Washington Irving, Arthur Middleton, Edward y Alexander Everett, Jared Sparks y Henry Wadsworth Longfellow, con quienes compartía intereses y perspectivas sobre la cultura hispánica. Prescott era el historiador entre ellos que encarnaba los valores del campo emergente de la historia: imparcialidad, utilización de documentos auténticos, y el empeño por establecer conclusiones válidas. No obstante, en la práctica su perspectiva estaba marcada por los supuestos en torno a las bases civiles y religiosas del surgimiento y la decadencia de las naciones y, en especial, del Imperio español.

A pesar de su insistencia en la imparcialidad, Prescott tenía una visión bastante negativa de España y su historia, como también un acendrado temor de que su país, Estados Unidos, pudiera entrar en el mismo ciclo irreversible de decadencia si dejaba atrás los valores republicanos para convertirse en un imperio. Sin embargo, su aporte a la disciplina histórica es indudable, ya que hizo enormes esfuerzos para obtener la documentación apropiada y someterla a un análisis crítico. Su descripción de los días finales de Carlos V demuestra que no solo fue capaz de cuestionar el prejuiciado relato de William Robertson sobre el emperador durante su aislamiento monjil en Yuste, sino también de aportar nueva documentación para entender este período.

Robertson publicó su relato de los últimos días de Carlos V brevemente en *The History of the Reign of the Emperor Charles V*, en Londres, en 1769. Prescott leyó esta fuente cuando empezó a redactar su *History of the Reign of Philip the Second, King of Spain* (1855-1858) y quedó muy decepcionado. Se embarcó entonces en una búsqueda de documentos para completar el recuento del retiro del emperador, agregando unas doscientas páginas a su edición del libro de Robertson, publicado en Boston en 1856.

El énfasis de Prescott en la validez de las fuentes se mantuvo constante. En ese sentido, su *History of the Conquest of Mexico* era similar al de todas sus demás obras. De hecho, la de 1843 puede entenderse como parte de un proyecto mayor sobre la historia transatlántica del Imperio español. Los temas del despotismo y el fanatismo religioso también permanecieron constantes, pero adquirieron un carácter más sombrío con el paso del tiempo; en particular, cuando EE. UU. entró en guerra con México y se dirigía hacia la crisis que culminaría en la Guerra Civil.

En dicho contexto, el tono de su *Conquest of Mexico* era muy diferente a las obras posteriores sobre el Imperio español: Prescott todavía estaba cautivado por el romance de la historia, cuando pensaba en España como un lugar de fábulas y en los españoles como los valientes caballeros de un mundo sin tiempo. Ese era precisamente el tono de *History of the Conquest of Peru* (1847), obra que seguía la misma estructura narrativa y la elaborada prosa de su libro sobre la conquista de México. Quizás una diferencia importante radicaba en

que, mientras Hernán Cortés era elevado a la categoría de héroe, Francisco Pizarro era tan solo un villano sanguinario en la conquista del Perú. Lo que permanece igual en estas obras es el énfasis en el análisis crítico de las fuentes. En efecto, son obras correlacionadas tanto en la cronología de la expansión imperial como también en términos de métodos y técnicas narrativas. Una vez que terminó estas obras, retomó con prontitud su interés central en la Península ibérica y, en especial, en las figuras de Carlos V y Felipe II.

Aparte de un viaje al Reino Unido en 1850 para recibir un doctorado *Honoris causa* de Oxford, Prescott vivió sedentaria y cómodamente en Boston, saliendo con muy poca frecuencia más allá de los límites de Massachusetts. Falleció en 1859, a la edad de 62 años.

Ejemplos textuales

En una carta dirigida al profesor y poeta Henry W. Longfellow, fechada el 28 de agosto de 1842, el gran estudioso de la literatura hispánica, George Ticknor, comentó:

[...] veo con frecuencia a Prescott. Está bien y trabajando firme durante el verano. He leído su manuscrito hasta donde ha llegado, esto es, hasta la muerte de Moctezuma, y está muy bien. Tiene una redondez épica y también un nivel de detalle romántico que hace que se lea como una novela. El relato de la Noche Triste -cuando los españoles fueron expulsados de México- es admirable en su carácter de descripción elocuente. Una vez que lo lees, permanece en tu mente como un sueño.

El texto al que se refiere Ticknor, en efecto, representa el punto más alto en las habilidades narrativas de Prescott. Si bien se mantenía fiel a la documentación, la narración lograba retener la atención del lector, desde los tiempos de la publicación original hasta la fecha. El relato del episodio en cuestión se refiere a la noche en la que Cortés y sus seguidores huyeron de Tenochtitlán después de sufrir enormes bajas. Algunos de ellos intentaron llevar su parte del tesoro acumulado antes de entrar al punto de salida, contando con que no serían detectados. Pero sí lo fueron, y “antes de que pudieran cruzar el estrecho paso, se escuchó un ruido creciente como el de un enorme bosque agitado por el viento” (Prescott, 2004, p. 383).

Este tipo de detalles literarios abundan en el texto de Prescott, quien de esta forma lograba crear un sentido de suspenso sin apartarse de lo ocurrido aquella noche del 30 de junio al primero de julio de 1520. Sin embargo, se notan algunas ausencias. Mientras que los españoles son identificados individualmente, los aztecas figuran como fuerzas descomunales, más bien como tempestades o terremotos (ambos términos son utilizados por Prescott), en lugar de fuerzas convencionales. Cuando los españoles sobrevivientes lograron llegar a la ciudad vecina de Tlacopán:

Allí se detuvieron en la calle principal como si estuvieran desconcertados y completamente despistados sobre qué curso tomar; como un rebaño de ciervos aterrorizados que huyen de los cazadores con los aullidos de los perros y el cuerno todavía resonando en sus oídos, miraron a su alrededor con [desesperación]³ buscando alguna cañada o bosquecillo en el que ocultarse (Prescott, 2004, p. 387).

Cualquier lector podría identificarse con la sensación de peligro letal, pero la escena no estaba basada en un testimonio concreto. Era apenas un recurso retórico para hacer su relato particularmente atractivo.

En otra parte del texto, Prescott se concentró en el tipo y en la naturaleza de las civilizaciones, su evolución, sus características y las razones de su decadencia y colapso. El propósito general de su libro era describir el conflicto entre los españoles y los aztecas a principios del siglo XVI. No obstante, la más amplia cobertura y las disquisiciones acerca de las civilizaciones antiguas y emergentes demuestran que Prescott tenía propósitos más ambiciosos: explicar cómo las civilizaciones maduraban, llegaban a su punto más alto, encontraban competidores y prevalecían o colapsaban. Presentó una perspectiva evolutiva de cómo las civilizaciones, desde un punto de vista histórico, salían de la barbarie para entrar en etapas más avanzadas y refinadas de vida social, política, cultural y religiosa.

Al mismo tiempo, la *Conquista de México* buscaba entregar una lectura amena, colorida y novelesca, junto a una interpretación estructurada en torno a tres jerarquías. Presentes en todas ellas encontramos una comparación entre España, el Imperio azteca, y Estados Unidos.

3 El traductor utiliza la palabra “fiereza” para traducir *wildly*, que en el contexto de la frase no refleja la ansiedad o desesperación de los españoles. Mas bien lo contrario.

La jerarquía de las civilizaciones

Como se ha mencionado, una de las jerarquías estaba relacionada con la civilización: cómo evolucionaba y hasta dónde llegaba. Así, los aztecas tenían una serie de prácticas “barbáricas”, como el sacrificio humano y el canibalismo, pero “[l]as razas texcocana y azteca tenían una civilización mucho más avanzada que las tribus nómadas de Norteamérica”. Además: “El grado de civilización que alcanzaron por lo que se deduce de sus instituciones políticas quizás pueda considerarse no muy alejado del que disfrutaron nuestros antepasados sajones bajo Alfredo el grande”. Sin embargo, “sería mejor compararlos a los egipcios” (Prescott, 2004, p. 51). De cualquier modo, no estaban a la altura de la civilización española: “Los aztecas habían alcanzado claramente ese punto medio que se encuentra tan por encima de las rudimentarias razas del nuevo mundo como es inferior a las comunidades cultivadas del viejo” (2004, pp. 292-293).

A pesar de las crueldades de la conquista, Prescott estimó que “La causa de la humanidad ha ganado. [Los indígenas] viven bajo un sistema de leyes mejor, su tranquilidad está mejor garantizada y tienen una fe más pura” (2004, p. 51). Los aztecas, según Prescott, mostraban cierto grado de refinamiento, incluso de civilización, pero estos coexistían con numerosas costumbres barbáricas. Tal mezcla se debía a la superstición religiosa: “Una superstición que empaña la percepción moral y pervierte incluso los sentidos naturales, hasta que el hombre, el hombre civilizado, se acostumbra a las cosas más [repugnantes]⁴ para la humanidad” (Prescott, 2004, p. 97). Para que no quedara duda, Prescott afirmó que “los aztecas eran decididamente una raza fiera y brutal” (2004, p. 518).

Prescott describe el fanatismo, la intolerancia y la codicia como los rasgos más repelentes de los conquistadores españoles. “Podemos justamente dudar”, dijo, “sobre quién tiene más derecho a ser llamado civilizado, el vencedor o el vencido” (2004, p. 73). Uno de los primeros exploradores españoles, Francisco Fernández de Córdoba, manifestó su asombro al desembarcar en Cabo Catoche: “Todo indicaba una

4 La traducción utiliza la palabra “desagradable” en este punto, que me parece débil para el sentido que le quiso dar Prescott.

civilización muy superior a lo hasta entonces visto en el nuevo mundo” (Prescott, 2004, p. 128). No obstante, la mayoría de los españoles que llegaron después consideraron, o encontraron conveniente pensar así, que tal civilización era tan antitética a los pilares principales del cristianismo que resultaba imperativo subyugarla y civilizarla.

Prescott, por su parte, pensaba que Hernán Cortés, más que un conquistador astuto y oportunista, era “el instrumento elegido por la providencia para sembrar el terror entre los monarcas bárbaros del mundo occidental y convertir sus imperios en polvo” (2004, p. 142). Sus pasos estaban muy calculados: “el primer objetivo de Cortés era sacar a los nativos de su burda idolatría y sustituirla por un culto más puro” (p. 145). Aunque dispuesto a usar la fuerza en Cozumel, se empeñó, sin embargo, en “persuadirlos de que abrazaran una fe mejor” (p. 146). Dirigiéndose a un cacique en Cempoala, Cortés anunció que “había llegado a las orillas aztecas para abolir el culto inhumano que reinaba allí y para introducir el conocimiento del dios verdadero” (p. 176).

Apartándose por un momento de la trayectoria de Cortés, Prescott reflexionó que

[...] la luz de la civilización se derramaría sobre la tierra, pero sería la luz de un fuego devorador, ante el que la gloria de los bárbaros, sus instituciones, su misma existencia y nombre como nación se marchitaría y dejaría de existir. Su maldición estaba sellada cuando el hombre blanco puso pie en su tierra (2004, p. 179).

Los conquistadores no estaban en absoluto emproblemados respecto de la justicia de su invasión, puesto que, en cuanto a los indígenas, “era su misión [...] conquistarlos y convertirlos” (Prescott, 2004, p. 308). Antes de una batalla, ya fuese contra los indígenas u otros españoles -como cuando Cortés se enfrentó con Pánfilo de Narváez- los conquistadores asistían a misa y se confesaban, ante lo cual Prescott observó que “el incidente es curioso e ilustra muy bien el carácter de la época, en el que la guerra, la religión y la rapiña estaban tan íntimamente unidas” (2004, p. 339). Para explicar la victoria de los españoles sobre los aztecas, Prescott recurrió una vez más a la religión:

No cabe duda de que Cortés, junto con los demás hombres de su ejército, sentía que estaba embarcado en una cruzada santa, y que,

independientemente de las consideraciones personales, no podía servir mejor al Cielo que plantando la cruz en las torres [ensangrentadas] de la metrópolis pagana (2004, p. 463).

Cortés y sus victoriosos seguidores lograron llevar “el estandarte de la cruz triunfante sobre este bárbaro imperio” (p. 518). Tal era supuestamente la motivación central de los españoles, por lo que importa analizar cómo Prescott consideraba el lugar del catolicismo en el abanico más amplio de las religiones organizadas.

La jerarquía de las religiones

Prescott utilizó la conquista de México para ilustrar tanto las fortalezas como las debilidades de las diferentes religiones. Dio a entender que las civilizaciones más avanzadas eran aquellas que practicaban una religión benévola y al mismo tiempo racional. El catolicismo era entonces presentado como superior a las “supersticiones” aztecas, pero atrapado en sus propias supersticiones. Además, el catolicismo se caracterizaba por el fanatismo del clero. Cortés, quien se comportaba siempre como un hábil estratega y guerrero, quiso consultar en un momento las opiniones de un astrólogo: “La superstición era un rasgo de la época, [y el general español] tenía todo el fanatismo que le era propio” (Prescott, 2004, p. 381).

Prescott agregó que los españoles por lo general atribuían sus victorias, o salvación ante el peligro, a los milagros:

Más de un historiador serio achaca la conservación [de los españoles] al vigilante cuidado de su patrón, el apóstol Santiago, a quien en estos desesperados conflictos se avistó con su caballo blanco como la leche, a la cabeza de los escuadrones españoles con una espada luminosa que resplandecía, mientras a su lado se divisó claramente a una dama vestida de blanco, que se suponía la Virgen, lanzando polvo a los ojos de los infieles (2004, pp. 374-375).

La Virgen María aparecía con frecuencia en la narración de Prescott, a veces en la forma de ruegos, nombres de lugares, altares e imágenes colocadas en los templos aztecas. Algunas veces aparecía de cuerpo entero, aunque en la forma de invocación o aparición. Pero en todos estos casos se puede detectar un tono sarcástico en la descripción

de Prescott, tal como lo hacía Washington Irving en su *Conquest of Granada*. Al cabo de múltiples referencias a la Virgen, Prescott aclaró que el rol de ella no se remitía únicamente al período de la Conquista:⁵

La última ocasión, según creo, de intercesión directa de la Virgen por la metrópolis fue en 1833, cuando se la trajo a la ciudad para prevenir el cólera. Sin embargo, se negó a pasar la noche en la ciudad y apareció a la mañana siguiente en su propio santuario de Los Remedios, mostrando, por el lodo que le salpicaba generosamente, que tenía que haber cubierto la distancia de varias leguas, a través de los caminos llenos de lodo a pie (2004, p. 391, nota).

Desde el principio de las campañas, los españoles se sorprendían al descubrir ciertas similitudes entre sus propias creencias y aquellas de los indígenas. Constataron que estos últimos poseían la imagen de la cruz, que estaban familiarizados con el bautismo y la confesión, que entendían la ceremonia de la Eucaristía (aunque debido a su canibalismo) y que estaban bastante dispuestos a compartir ciertos conceptos básicos del cristianismo. Según Prescott, algunas creencias aztecas resultaban útiles para los católicos:

El culto azteca era notable por su pesado ceremonial y preparó a sus devotos para la pompa y los esplendores del rito romano. No fue difícil pasar de los fastos y fiestas de una religión a los fastos y fiestas de otra, transferir su culto de los fantásticos ídolos de propia creación a las bellas formas en escultura y pintura que decoraban la catedral cristiana (2004, p. 540).

Para los protestantes estadounidenses del siglo XIX, y en especial para los unitaristas como Prescott, el propósito de los rituales católicos era apelar a los sentidos más que al entendimiento. De acuerdo con esta perspectiva, las imágenes de la Virgen, de Cristo y de la cruz eran manifestaciones corpóreas que distorsionaban u obstaculizaban una comprensión más profunda y firme de la divinidad. A pesar de ello:

Debe reconocerse que la confesión católica romana tiene algunas ventajas claras con respecto a la protestante, en lo que respecta al proselitismo. La deslumbrante pompa de sus servicios y su conmovedor llamamiento a la sensibilidad afectan la imaginación del rudo hijo de la naturaleza

5 Incluso más que la Virgen, a Prescott le llamaba la atención la liturgia católica.

con mucha más fuerza que las frías abstracciones del protestantismo que, dirigidas a la razón, exigen un grado de refinamiento y cultura mental en la audiencia para ser comprendidas. Más aún, el respeto mostrado por los católicos a las representaciones materiales de la divinidad, facilita enormemente el mismo objetivo (Prescott, 2004, p. 154).

Es por ello por lo que Prescott estaba interesado no solo en afirmar la superioridad del catolicismo respecto de las creencias aztecas, sino también en promover sus propios valores unitaristas. Alabó a Cortés por introducir una religión más avanzada en el hemisferio, pero lo criticó por sus intentos de convertir a los indígenas mediante la fuerza bruta o la fanfarria de los rituales. Por ello, afirmó que “[p]ara el espíritu más racional de hoy en día, iluminado por una cristiandad más pura, puede parecer difícil reconciliar las graves desviaciones de la moral con tal devoción a la causa de la religión” (Prescott, 2004, p. 577).

Prescott volvía una y otra vez al contraste entre el catolicismo y el protestantismo para afirmar que este último representaba una forma más alta y pura de religión:

El misionero protestante busca iluminar el entendimiento de su convertido con la fría luz de la razón. Pero el católico más atrevido, encendiendo el espíritu con el esplendor del espectáculo y con el ardoroso retrato de un redentor agonizante, se pasea en sus oyentes entre una tempestad de pasión, que ahoga cualquier cosa parecida a la reflexión. Sin embargo se asegura a su converso, sujetándolo por sus sentimientos, una manera más fácil y poderosa de atrapar al inculto salvaje que la razón (2004, p. 182).

La influencia católica, para Prescott, se debía a las manifestaciones externas del ritual y a una interpelación directa a las emociones antes que a la razón, cosa muy natural debido al “temperamento físico” de los países católicos, puesto que “el cálido sol del sur, bajo el que prevalece el catolicismo, estimula las sensibilidades hacia una exposición más violenta de la pasión” (2004, p. 421).

La jerarquía de sistemas políticos

Como ferviente lector de obras de historia y filosofía política, Prescott estaba familiarizado con las principales discusiones sobre las características de los diferentes sistemas de gobierno. Por ejemplo,

su análisis de las instituciones políticas descansaba en gran medida en la clasificación de Montesquieu de los gobiernos en monárquicos, republicanos y despóticos, con sus respectivos principios de honor, virtud y temor. El historiador bostoniano poseía la edición de 1758 de las *Œuvres* del pensador francés y un ejemplar aparte del *Espíritu de las leyes*. Prescott, sin embargo, no seguía a Montesquieu en todos sus aspectos: Prescott era más parcial a las repúblicas que a las monarquías. En este sentido seguía más de cerca a Voltaire al identificar la monarquía con el despotismo. No obstante, seguía la clasificación de Montesquieu, aun cuando modificara sus conclusiones.

Prescott comparaba la civilización azteca con varios sistemas “orientales”. Al analizar su sistema político, Prescott tomó de Montesquieu varios comentarios acerca del “despotismo oriental”. Los príncipes aztecas “vivían rodeados de una fastuosidad primitiva, verdaderamente oriental” (2004, p. 41). El poder legislativo estaba en las manos exclusivas del monarca, quien utilizaba al clero para imponer el conformismo en la población: “El terror y no el amor, era la fuente de la educación entre los aztecas” (p. 60). Enfrentado a los conquistadores, el cacique Cuitláhuac tuvo que hacer concesiones a sus pueblos tributarios para asegurar el apoyo contra los españoles, “pero en ese momento experimentó la inestabilidad de un gobierno que se apoyaba no en el amor, sino en el miedo” (p. 405). Una vez más, “[e]l miedo era el gran principio de cohesión que unía a los discordantes miembros de la monarquía” (p. 440).

Ocasionalmente, los monarcas hacían alardes de humildad, tal como en otros pueblos orientales: “Esta curiosa escena [de humildad] puede recordar a algunas tradiciones similares en los despotismos asiáticos y egipcios, donde el soberano en ocasiones condescendía a renunciar a su posición privilegiada” (Prescott, 2004, p. 108). El emperador Moctezuma II, sin embargo, esperaba más deferencia que disposición a la humildad; prefería ser temido y exigía reverencia en las formas más extravagantes. En la descripción del encuentro entre Cortés y Moctezuma, Prescott agregó las siguientes reflexiones acerca de las ceremonias que rodeaban al emperador: “Tal era el homenaje rendido al déspota indio, lo que demuestra que las serviles formas de la adulación oriental se encontraban entre los primitivos habitantes

del mundo occidental” (2004, p. 265). Las prácticas domésticas en el palacio del emperador “nos recuerdan enormemente a la civilización oriental” (p. 435). Quizás no al nivel de los árabes o persas, pero sí como los tártaros. “Es característico de estos pueblos”, comenta el historiador, “encontrar un pueril placer en una ostentación fastuosa y deslumbrante, deslumbrar como esencia, la pompa vana por el poder, rodear el trono con un ceremonial yermo y pesado, la falsificación de la verdadera majestad” (Prescott, 2004, p. 289).

Prescott se distanció también de la caracterización de las repúblicas que había descrito Montesquieu. Tlaxcala, para el historiador, era un ejemplo de gobierno “republicano” (también lo había afirmado Voltaire en el *Diccionario filosófico*). Tlaxcala era una población enemiga de los aztecas y proporcionó un apoyo crucial en la marcha de los españoles rumbo a Tenochtitlán, la capital del Imperio. Habían resistido con dificultad el dominio de los aztecas, detestando abiertamente sus impuestos y exigencias de servicio laboral. Prescott imaginó a los tlaxcaltecos como campeones republicanos de la libertad luchando contra un poder odioso, despótico y monárquico. Quizás veía en ellos un reflejo de la lucha por la independencia en Estados Unidos. En definitiva, pensaba en sus lectores estadounidenses, quienes probablemente tenían poco conocimiento de las rivalidades indígenas, y menos aun de sus instituciones políticas. De modo que sintonizarían con cualquier pueblo que luchara en contra de un poder arbitrario y abusivo.

Prescott describió Tlaxcala como “la pequeña y valiente república que había mantenido tanto tiempo su independencia contra las armas de México” (2004, p. 204). Sin embargo, era “un pueblo parcialmente civilizado” poseído de un “temperamento turbulento” (p. 205), de modo que Prescott optó por destacar aquellos rasgos que lo acercaran a los valores estadounidenses. En la descripción de las instituciones políticas el historiador identificó cuatro estados, “unidos por una especie de pacto federal”, cada uno de ellos encabezado por un cacique que cooperaba con los demás en varios asuntos de interés común para la “república” (p. 206). El sistema político incluía un senado que decidía, entre otras cosas, sobre la guerra. Los tlaxcaltecos eran, sobre todo, “tenaces republicanos”

(p. 208) que defendían su “inflexible espíritu de independencia” (p. 209). Tlaxcala era un pueblo agricultor que tenía además talento para el comercio. La referencia agrícola buscaba asociar a Tlaxcala con los republicanos romanos y estadounidenses.

En último término, el mensaje más importante era sobre el auge y la caída de los imperios. La *Conquista de México* de Prescott ilustra el surgimiento de uno y la derrota de otro debido a prácticas bárbaras, al despotismo y el fanatismo religioso. En el tejido más profundo de la obra se encuentra un mensaje de peligro: cuando una nación se transforma en imperio comienza el ciclo de la decadencia. Tan solo un par de años antes de la guerra contra México, ese era precisamente el temor de Prescott.

El contexto

William H. Prescott tenía una deuda importante con el escocés William Robertson (1721-1793), quizás el historiador de habla inglesa más importante del Nuevo Mundo durante el siglo XVIII. En su obra, Robertson se guiaba por las perspectivas de “imparcialidad” e “historia conjetural” (que involucra una teoría de “progreso”). Perspectivas similares, aunque no idénticas, se encuentran en la obra de David Hume y Edward Gibbon, quienes influyeron también en Prescott. Sin embargo, la deuda con Robertson se manifiesta claramente en el hecho de que el historiador estadounidense reeditó la obra del escocés, agregando un largo y erudito apéndice sobre los últimos días de Carlos V en el monasterio de Yuste.

No obstante, quería también superar a su predecesor; especialmente en lo documental, y en particular sobre la conquista de México que Robertson relató en el Libro V de su *History of America* (1777), y cuya cronología Prescott siguió en la secuencia que va desde la llegada de Cortés a México en 1519, en contra de las instrucciones del gobernador de Cuba; sus primeros contactos y alianzas con los pueblos indígenas; su marcha hacia Tenochtitlán, entrando primero como invitado y luego huyendo como enemigo; el retorno de los conquistadores y la violenta caída del Imperio azteca; todo ello narrado como novela, pero condimentada con reflexiones

filosóficas sobre civilización y barbarie junto a otras sobre religión y superstición. La descripción de la “Noche Triste”, relatada de forma sucinta por Robertson, le dio la oportunidad de expandir la narración agregando abundante documentación. En algunos casos siguió a Robertson casi de manera literal, aunque agregó detalles de la experiencia vivida por los españoles utilizando crónicas, pero también bastante imaginación.

Desde la publicación de *History of America* hasta la década de 1840, había surgido nueva información sobre la conquista de México, pero no una obra comparable a la de Robertson. Es por ello por lo que Prescott vio una oportunidad para incorporarla en una narrativa romántica como la que le había dado renombre tras la publicación de *History of the Reign of Ferdinand and Isabella*. Sin embargo, encontró un potencial obstáculo cuando se enteró de que Washington Irving, autor de varias obras sobre temas hispánicos, tenía planes de escribir una historia de la conquista de México. Dada la popularidad de *A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828) y *A Chronicle of the Conquest of Granada* (1829), para no mencionar el enorme éxito del *The Alhambra* (1832), Prescott tenía buenas razones para dudar antes de competir con un escritor tan famoso. Por lo mismo, en diciembre de 1838, le escribió a Irving para preguntarle sobre sus planes. Este último respondió a mediados de enero que le cedía el tema, puesto que “la forma en que usted ha redactado su noble historia de Fernando e Isabel me da toda la confianza para decirle que usted debe ser la persona que se haga cargo [de la conquista de México]” (Irving, 1869 [1839], t. II, p. 327). Irving le ofreció a Prescott toda la ayuda que pudiera necesitar.

Una vez superada esta situación, el historiador procedió a reunir información desde diferentes archivos, bibliotecas y librerías, sobre todo de España y México, para redactar su obra, proceso que completó en cinco años, desde 1838 hasta 1843. Desde un principio, estableció que la disciplina histórica era “sobria” y tenía “reglas severas”, en comparación con el “romance” o las exageradas versiones de los cronistas. Esto significaba un análisis crítico de lo escrito por Bernal Díaz del Castillo, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera y Antonio de Solís.

Fue a propósito de la obra de Solís, *Historia de la conquista de México* (1684), que Prescott reveló aspectos centrales de su propia metodología histórica:

En cuanto al valor de las investigaciones de Solís en la compilación de su trabajo, no es fácil pronunciarse, porque las páginas no están apoyadas por ninguna de las notas y referencias que nos permiten seguir el rastro que va del autor moderno hasta la cantera de donde sacó sus materiales. No era el uso de la época. La gente de esa época, y de hecho de tiempos precedentes, se contentaba con tomar la palabra del autor sobre los hechos. No exigían por qué afirmaba una cosa o dudaba de otra, si construyó su historia sobre la autoridad de un amigo o de un enemigo, de un escritor de buena reputación o de mala. En breves palabras, no demandaban una razón para creerlo. Se contentaban con fiarse. Esto era muy cómodo para el historiador. Le ahorra un enorme trabajo en el proceso y lo libera de la detección de un error, o al menos de negligencia. Lo evitaba con todo aquel que no lo acompañara escrupulosamente por el mismo terreno. Los que tengan posibilidad de hacer esto con Solís probablemente saldrán del examen con una idea poco favorable de sus investigaciones, encontrarán que, aunque su situación le daba acceso a los más valiosos depósitos en el reino, raramente llega a documentos originales, sino que se contenta con los más obvios y accesibles, que raramente discrimina entre un testimonio contemporáneo y uno de fechas posteriores, en una palabra, que en todo lo relacionado con el valor científico de la historia queda por debajo de su docto predecesor Herrera a pesar de lo rápida que fue la composición de este último (Prescott, 2004, pp. 523-524).

Como sugiere la cita, Prescott adoptaba una perspectiva “científica” de la historia. Sin embargo, como lo propone Eileen Ka-May Cheng (2008), un mejor término para describir la mirada histórica del período es “imparcialidad”. Es decir, la perspectiva de un juez que pondera los diferentes aspectos de un caso y emite un veredicto sobre la base de la evidencia relevante, si bien es posible que el caso se reabra o reinterpreté. Así, para algunos, Hernán Cortés podría ser un héroe o un villano; Moctezuma un gobernante sofisticado o un fanático supersticioso; los conquistadores unos rapaces sanguinarios o valientes caballeros del romance español. El jurado podía continuar deliberando, pero el historiador habría aportado su evidencia para la resolución del caso. Prescott, como Robertson, no tenía duda de que en el conflicto entre civilizaciones

los aztecas estaban condenados de antemano. Al mismo tiempo, no justificaba las acciones de los españoles porque le parecían también salvajes y supersticiosas, para no hablar de su tendencia a la rapiña.

Prescott se guiaba principalmente por la evidencia proveniente de documentos escritos. Si bien se refería a testimonios orales con frecuencia, rehusaba aceptarlos como evidencia. Se guiaba también por las ideas prevalecientes en el estudio de la historia. Tanto Robertson como Hume, Gibbon y Adam Ferguson le proporcionaron las herramientas teóricas para concluir que la derrota de los aztecas (e incas) era inevitable. Además, en su biblioteca privada tenía ejemplares de las *Œuvres* de Vico, el *Discours sur l'Histoire Universelle* de Bossuet, la *Introduction à la Science de l'Histoire* de Buchez y la obra de Ranke sobre el papado (junto a otros títulos de este historiador). El conjunto de estas obras le sugería que la historia tenía una direccionalidad, algunas veces providencial, que era coherente y que podía servir de ejemplo para las naciones emergentes. Prescott podía afirmar que no era conveniente usar otra palabra que “probablemente” en la historia, pero su obra sugiere que sí se inclinaba por un sentido providencial de la misma, aunque en aquella versión unitarista de cristianismo racional que veía al catolicismo como una creencia burda e infantil. En su papel de juez de la historia, Prescott dictaminó que las civilizaciones azteca y española eran precedentes sombríos de un futuro social y político más prometedor, como el que se estaba construyendo en su propio tiempo y país. Esta era su perspectiva en 1843, es decir, antes de la guerra contra México y la Guerra Civil de 1861-1865.

Aparte de las obras presentes en su biblioteca, Prescott incluyó algunas referencias historiográficas en su *Literary Memoranda*, la compilación de notas manuscritas editadas por C. Harvey Gardiner en 1961. Allí aparece mencionado con frecuencia William Robertson, como también el abad Gabriel Bonnot de Mably. Prescott poseía una edición de la *Collection Complete des Œuvres*, de 1795, y es obvio que las consultaba mientras redactaba sus libros, y muy especialmente en su *Conquista de México*, cuando escribió, el 21 de marzo de 1841, que

[...] he leído, por décima vez, a Mably, *De l'Étude de l'Histoire* [1775]: – reflexiones y sugerencias admirables... Sus declaraciones sobre la importancia

de mantener el hilo narrativo, el evitar las digresiones innecesarias, los temas irrelevantes, abundar demasiado en el carácter; también, sobre darle un tinte dramático, en lo posible, a la narración. Todo ello es muy pertinente para mi tema actual (en Gardiner, 1961, vol. II, pp. 68-69).

Anteriormente, en 1830, Prescott registró que “me gusta en particular la noción de Mably sobre la necesidad de dar tanto interés como utilidad a la Historia, permitiendo que los sucesos conduzcan a una conclusión o moraleja obvia” (en Gardiner, 1961, vol. I, p. 139). Prescott hizo algunos comentarios adicionales sobre la obra de Amable-Guillaume Prosper de Barante y de Augustine Thierry, pero su norte era la originalidad. Estos autores le servían de modelo en la medida en que le ayudaban a encontrar el equilibrio entre la historia “científica” y la narrativa amena.

La recepción de la obra en Estados Unidos fue muy favorable, tanto a nivel general como crítico. También lo fue en el Reino Unido y los varios países que tradujeron el original inglés. 4000 ejemplares se vendieron en el espacio de seis meses. La revista más importante de Estados Unidos, la *North American Review* (enero de 1844), la consideró “una noble obra, juiciosamente planificada y admirablemente desarrollada... [los editores] le anticipamos, con total confianza, una popularidad amplia y permanente [...] Ocupará su lugar como una de las producciones más notables del entendimiento humano”. No era esta una predicción cualquiera. En efecto, tardaría más de un siglo superar algunos aspectos de la obra gracias al surgimiento de nueva evidencia documental y arqueológica. No obstante, continuó siendo la narración más apreciada de la conquista de México. Durante el conflicto bélico de 1846-48, ejemplares de la *Conquista de México* fueron distribuidos a las bibliotecas de los buques de guerra, lo que contribuyó al creciente prestigio de la obra.

Un ejemplo de la estima que suscitó el libro lo proporcionó Caleb Cushing, el comandante de un regimiento de voluntarios de Massachusetts, quien le escribió al historiador, en enero de 1848, para comentarle que

La segunda conquista de México se parece mucho a la primera, lo que impresiona de sobremanera a un observador que se encuentra en el lugar. Estoy en México con cinco regimientos en San Ángel, cerca de Coyoacán, y mis

patrullajes por deber o paseos de recreación me dan amplias oportunidades para constatar las similitudes entre ambas, como el hecho de que el general [Winfield] Scott utilizara las rutas de San Antonio y luego Tacuba para entrar en la capital, aunque sin ninguna intención de imitar la ruta de Cortés.

Cushing mencionó encontrar uno que otro problema con la descripción del paisaje, pero dijo estar “muy impresionado por la precisión de algunos aspectos locales del país”. Prescott nunca viajó a México, pero logró imaginar el paisaje y las circunstancias de la conquista gracias a su manejo de las fuentes disponibles, incluyendo la correspondencia con personas que residían o estaban familiarizadas con México. Su obra parecía destinada a perdurar.

La influencia

William H. Prescott escribía para un público estadounidense ansioso por disfrutar su exitosa prosa romántica, la cual había logrado establecer altos estándares para la lectura de obras históricas. Imaginó, pero no esperaba, que la obra despertara una potente reacción en México, país en donde la historia del pasado colonial provocaba numerosas controversias. Los comentarios de Prescott sobre la historia de los pueblos mesoamericanos, y del catolicismo español, suscitaron reacciones entusiastas (o indignadas) por parte de destacados intelectuales mexicanos.

Con o sin autorización del autor, *The History of the Conquest of Mexico* fue traducido dos veces en versiones que contenían múltiples comentarios. Prescott se enteró de estas obras cuando su amigo Ángel Calderón, el embajador de España en México, le envió un artículo impreso en 1844: “Vemos anunciada la traducción de la ‘Conquista de México’ por don Lucas Alamán”, mencionaba el artículo, “quien revisará y corregirá el original, agregando notas a aquellos pasajes en los que Mr. Prescott ha errado por sus prejuicios religiosos, o por su falta de conocimiento del país o de ciertas fuentes de información que solo se encuentran en poder de don Lucas”.⁶ Esto indicaba que la

6 Ángel Calderón a Prescott, Nueva York, 22 de noviembre de 1844 (Massachusetts Historical Society, en adelante MHS-WHP), manuscritos de Prescott, caja correspondiente a los años 1843-1844.

recepción no sería del todo favorable. La primera traducción se publicó en dos tomos en la ciudad de México, en 1844.

Alamán, uno de los intelectuales más destacados del período, cuestionó no solo temas específicos de la historia de Prescott, sino también sus raíces culturales e historiográficas. Alamán consideró además que el estilo romántico de Prescott exageraba la magnitud de ciertos temas, como la caracterización del catolicismo, de los conquistadores y de los aztecas. Sin embargo, el tono era respetuoso, y Alamán manifestó su admiración por la obra del historiador. También lo hizo José Fernando Ramírez, quien redactó abundantes notas para la segunda traducción mexicana de la *Historia de la conquista de México*.

Esta nueva traducción, publicada en tres tomos entre 1844 y 1846, representa un notable esfuerzo colectivo. La edición fue coordinada por Ignacio Cumplido, e incluía la traducción de Joaquín Navarro, 124 páginas de comentario de autoría de José Fernando Ramírez, y un tomo aparte de ilustraciones ordenadas y explicadas por Isidro Gondra, director del Museo Nacional. Aunque el traductor a veces insertaba sus propias notas, fue Ramírez quien proporcionó los comentarios más detallados y respondió a los argumentos más debatibles del historiador estadounidense. No dudó en calificar la obra de Prescott como “lo mejor que poseemos en el ramo de historia moderna” (Ramírez, 1845, p. xii), pero señaló las siguientes faltas: parcialidad respecto de los españoles, y en especial hacia Hernán Cortés; utilización de fuentes españolas, más que indígenas, y el uso tendencioso de ciertos conceptos y palabras para referirse a los indígenas mexicanos.

Estas faltas, de acuerdo con Ramírez, daban a la historia de Prescott “un cierto tinte, que aunque no me atreveré á calificar de hostil, sí diré que no es para dejarnos lisonjeados” (1845, p. xii). Fue particularmente crítico del uso de Prescott de estrategias literarias para exaltar a los españoles y denigrar a los aztecas. Mientras que los primeros emprendían la retirada luego de un enfrentamiento desfavorable, los indígenas lo hacían huyendo despavoridos. Después de varios ejemplos de este tipo, Ramírez cita uno particularmente molesto: “El señor Prescott ha empuñado la pluma para escribir la

historia de *bárbaros*; palabra que, alternada con la de *salvajes*, campea en todo el curso de la historia, escoltada por otras del mismo temple” (1845, p. xv). Por todas estas razones, Ramírez afirmó que su propia tarea era “defender la autenticidad y valor de las fuentes históricas de su país, y vindicar la memoria de sus aborígenes [...]” (1845, p. xviii).

Ramírez se hizo cargo de diez grandes temas en los que, a su juicio, Prescott se había equivocado o había pasado por alto importantes documentos, en particular aquellos de origen indígena. El más extenso se refería a la afirmación de Prescott en el Libro I, capítulo 1 de la *Conquista de México*, sobre lo poco que se podía decir acerca del pasado Tolteca, excepto a través de fuentes orales deficientes. La documentación indígena era uno de los intereses centrales de Ramírez, y tenía suficiente conocimiento como para refutar de manera maciza la aseveración del historiador estadounidense. Además, las ilustraciones del tercer tomo proporcionaban una evidencia aún más sólida del tamaño y la complejidad de la documentación indígena.

Otros temas iban de lo erudito (aritmética azteca, calendario, minería, medios de cambio) a lo controvertido (sacrificio humano, canibalismo, episodios de la vida de Cortés). Un ejemplo de lo último es la referencia de Prescott -tomada literalmente de Alamán- sobre la “turba patriótica” que “se proponía romper la urna que contenía los restos de Cortés”. Prescott añadió con ironía que “los hombres que planearon este desmán no eran los descendientes de Moctezuma vengando a sus ancestros, sino que los descendientes de los antiguos conquistadores” (1845, p. 368). Este comentario no le hizo ninguna gracia a Ramírez, quien declaró el episodio “FALSO en todas sus partes” y, quizás al notar que Prescott no proporcionaba evidencia (para proteger a Alamán), lo declaró “uno de aquellos adornos epigramáticos en que no es muy sobrio el grave historiador” (Ramírez, 1845, p. 101).⁷ En general, el tono de sus réplicas era cortés,

7 El texto de Prescott (1845) en la traducción española de Joaquín Navarro se encuentra en el tomo II. En la edición estadounidense original, aparece en el tomo III, libro VII, cap. 5 (1843, pp. 350-351; pp. 905-906 en la edición del Modern Library, 2001). Alamán describió este suceso con mayor detalle, junto a la escasa documentación, en sus *Disertaciones sobre la historia de la república mejicana, desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas del continente Americano hasta la independencia*, 3 tomos (1844-1849, t. II, pp. 58-62). El suceso, presuntamente ocurrido el 16 de septiembre de 1823, está también descrito de manera sucinta en el

pero delataba algo de orgullo nacional ofendido. En el caso de Ramírez, en contraste con Alamán, el orgullo nacional tenía raíces en el pasado indígena, más que en el español.

Prescott apreció los comentarios de los intelectuales mexicanos y tenía la intención de incorporarlos en una nueva edición de la *Conquista de México*. Como le comentó a Fanny Calderón, poco antes de morir:

Estoy en este momento ocupado escribiendo notas y haciendo correcciones para una nueva edición de la “Conquista de México”. Tengo materiales particularmente buenos para ello en las dos traducciones mexicanas del libro, una con las notas de Alamán y otra con las notas de Ramírez. Sé muy poco sobre estos estudiosos, aunque creo tener por allí algún artículo sobre Alamán, pero guardado quizás dónde y hace tanto tiempo que dudo mucho de poder encontrarlo. ¿Podría usted contarme algo de estos personajes, de los puestos que ocuparon, de su situación social, y de cuánto se les estima? Ramírez dice en algún lugar que pertenece a la antigua raza mexicana. Esto explica sus diferencias en algunos puntos con Alamán, que siente un verdadero amor por los conquistadores. En general fue una prueba bastante difícil, que pocos historiadores han experimentado, la de ser sometido a una crítica tan severa, frase por frase, por parte de dos de los estudiosos más eminentes del país. Y aunque encontraron varias faltas, debo decir que lo hicieron con el mejor espíritu y con gran finura.⁸

Prescott murió antes de responder a los comentarios de Ramírez y Alamán (quien había fallecido en 1853). Su *Conquista de México*, por lo tanto, siguió reimprimiéndose a partir del original de 1843, hasta que el secretario de Prescott, John Foster Kirk, añadió algunas notas en la edición de 1873-1874, la que a su vez fue reimpresa hasta bien entrado el siglo XX. Se mantuvo como la historia más autorizada hasta que nuevas evaluaciones e investigaciones comenzaron a aparecer a raíz del centenario del fallecimiento de Prescott, en 1959. En su *History as Romantic Art*, David Levin (1959) destacó la concepción y organización de la obra, pero señaló la presencia de “detalles defectuosos” (p. 178), en especial en aquello que más se apreciaba de Prescott en el siglo XIX: su estilo. En 1959,

manuscrito “Apuntes biográficos de D. Lucas Alamán”, fechado el 1.º de julio de 1853 (Benson Latin American Collection, University of Texas, Alamán Papers, N.º 358).

8 Prescott a Fanny Calderón, 7 de septiembre de 1858 (MHS-WHP, Caja 1856-1876).

la revista trimestral *Hispanic American Historical Review* dedicó su número de febrero a la obra de Prescott, incluyendo reseñas y análisis contemporáneos, invitando de esta forma a evaluaciones nuevas de la obra del historiador.

Entre los aportes más notables del período posterior al centenario de la muerte de Prescott se encuentra el ubicar la obra en el contexto de las tensiones entre Estados Unidos y México a raíz de la independencia y posterior anexión de Texas, la que desembocó en el conflicto armado de 1846, es decir, apenas un par de años después de la publicación de la *Conquista de México*. Un ejemplo importante es *To the Halls of the Montezumas*, de Robert Johannsen (1985). Este autor explicó cómo Prescott, que se oponía a la guerra, aportó al espíritu marcial que se apoderó del país cuando comenzó el conflicto bélico. A pesar de rechazar una oferta para escribir sobre “la segunda conquista de México”, Prescott se enorgulleció de la conducción de la guerra, y en especial del papel que jugaron los voluntarios, quienes participaron con entusiasmo precisamente por las descripciones de México que popularizó el historiador. Johannsen, mediante el uso de diferentes fuentes, logró recoger aspectos importantes del ambiente de los años cuarenta, cuando surgía una nueva conciencia acerca del papel de Estados Unidos en el hemisferio.

Las nuevas investigaciones han aportado un análisis crítico de las fuentes utilizadas o desechadas (también algunas desconocidas) por Prescott. Hugh Thomas, en *Conquest. Montezuma, Cortés, and the Fall of Old Mexico* (1993) demuestra que Prescott no entendió la importancia del juicio de residencia a Hernán Cortés. Se trata de un documento de 6000 páginas que Prescott describió como pura palabrería burocrática. Thomas señaló otro juicio de residencia, esta vez al gobernador de Cuba, Diego Velázquez, que Prescott desconocía, pero que pudo haber incorporado en ediciones posteriores.

El argumento de Thomas es que la *Conquista de México*, a pesar de ser admirable, no había agotado el tema, como se creyó por largo tiempo. En definitiva, Thomas argumenta que el historiador “como muchos de su generación, tenía una actitud desdeñosa respecto de la cultura indígena del antiguo México” (1993, p. xvi). Ya fuese desdén, perplejidad, o “desconcertada repugnancia”, como lo plantea

Inga Clendinnen en *Aztecas. An Interpretation* (1991), respecto a ciertas prácticas indígenas por parte de Prescott, lo cierto es que sus perspectivas han sido cada vez más cuestionadas. Clendinnen se enfoca en particular en la representación del canibalismo en la cultura azteca. Según la autora, pudo haber existido, pero no en la escala pretendida por el historiador. Como resultado de estas nuevas investigaciones, además de la incorporación de perspectivas interdisciplinarias, el conocimiento del pasado indígena y de la Conquista ha aumentado de manera significativa en las últimas décadas.

Estudios recientes prestan mayor atención a lo que el historiador Richard L. Kagan denomina “el paradigma de Prescott” en un ensayo publicado en el *American Historical Review* (1996) y en *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States* (2002). Esto es, que España fue la antítesis de todo lo que representaba Estados Unidos en el siglo XIX: un imperio decadente, fanático en lo religioso y despótico en lo político. Prescott, en pocas palabras, había proporcionado el marco de referencia para no solo explicar el declive de España, sino también promover los valores republicanos relacionados con el espíritu industrial y la democracia.

Además, como lo sostiene Matthew Restall en *Seven Myths of the Spanish Conquest* (2003), Prescott estaba plenamente consciente de su público:


Este público se alimentaba con una dieta europea y estadounidense de ideología imperial y expansionista. La versión de Prescott de la conquista española era creíble y reconfortante, mientras que el catolicismo de los conquistadores permitía al historiador protestante y a sus lectores una explicación cómoda de los ocasionales y desafortunados excesos o actos de crueldad (2003, p. 18).

La versión benigna de la vida y obra de Prescott que prevalecía en el siglo XIX (y buena parte del XX) dio paso a una perspectiva crítica de su lectura de las fuentes y también de sus prejuicios. “En muchos sentidos [Prescott] pertenece a su tiempo”, afirma el historiador James Lockhart en la introducción de la edición de la Modern Library (2001, p. xxv). Sin embargo, sostiene, el lector que pueda ir más allá de los estereotipos perniciosos de Prescott, “constatará que en ninguna parte podrá encontrar una narrativa unificada de los

principales eventos, las crisis y el curso de la conquista como en la versión de Prescott” (2001, p. xxv).

Lockhart identificó las debilidades de la obra en confundir la historia de la conquista con las hazañas de un hombre, Hernán Cortés; la escasa familiaridad con los métodos de la Conquista española, en especial la del Caribe, y la muy cuestionable perspectiva de los conquistadores como seres salidos de los romances caballerescos. Su metodología histórica, a pesar de la insistencia en el uso de documentos auténticos, perdía fuerza ante una interpretación de los valores colectivos de españoles e indígenas, como también de las experiencias personales de sus actores. Como lo afirma Lockhart, Prescott se autodefinía como un historiador “filosófico”:

[...] los historiadores filosóficos creían que su tarea principal era juzgar el carácter y las circunstancias del pasado de acuerdo con los estándares de su propio tiempo y lugar -proporcionar una lección moralmente edificante- de una forma que hoy nos parece provinciana, gratuita y errónea” (2001, p. xxvi).

Pese a todo, lo que sostiene a la *Conquista de México* como un clásico no es tan solo cuánto se la lee, cuán impactante es su narración o cuán impresionante su despliegue y dominio de las fuentes. Desde una perspectiva historiográfica, el aporte de Prescott radica más bien en la profundidad de su reflexión sobre los métodos históricos, la búsqueda de modelos narrativos apropiados y su énfasis en los criterios de imparcialidad, probabilidad y verdad como el eje de investigación histórica, todo lo cual ayudó indudablemente a consolidar la disciplina como un quehacer profesional 

Conclusión

William H. Prescott ayudó a establecer los parámetros historiográficos del siglo XIX, e incluso más allá del período decimonónico. Lo hizo al introducir estándares estrictos de certeza y de fluidez narrativa. Lo primero involucraba documentación abundante, acompañada de análisis crítico, mientras que la segunda se adaptaba a gustos literarios que exigían acción, suspenso y finalidad. La *Conquista de México* era también una obra sobre el

conflicto entre culturas, el auge y la caída de los imperios, y el papel de los individuos en la historia.

La recepción de la obra demuestra que existía una conexión potente entre el autor y sus lectores, lo que ayudó a establecer expectativas respecto de la narración histórica por el resto de la centuria, hasta que nuevos criterios, como el de la “objetividad”, desplazaron a los aspectos literarios. Empero, la expansión del público lector exigió que las obras históricas tuvieran un hilo narrativo conductor. Prescott le dio un gran impulso a esta tradición, como lo había hecho antes Washington Irving, pero agregando criterios más firmes de evaluación de la evidencia. Prescott fue una figura central para la configuración de la disciplina tal como la conocemos hoy.

Como ha revelado la investigación posterior, la *Conquista de México* contiene varios supuestos problemáticos acerca de la jerarquía de las civilizaciones, la responsabilidad por la esclavitud, y el destino de los pueblos indígenas. Sin embargo, la obra estimuló nuevas pesquisas que han equilibrado la evaluación no solo de los temas que le importaban a Prescott, sino también de la forma como hoy abordamos la historia. Esto es, más allá de insistir en los “hechos” validados por las fuentes, Prescott aportó nuevos conceptos a la metodología histórica que incluían una consideración sobre la imparcialidad, la probabilidad y la verdad. Estos aspectos han sido incorporados a la disciplina desde entonces, y continúan develando y desafiando supuestos espurios de certidumbre histórica.

Incluso en vida, un mito creció sobre la labor titánica de Prescott: un hombre que logró producir obras importantes a pesar de los obstáculos, entre los cuales el principal era el de su ceguera. El propio historiador reveló con sobriedad la naturaleza de sus limitaciones, pero negó rotundamente, como muchos suponían, su ceguera total. Aun así, el mito prosperó, quitándole relevancia a la red de personas y familiares que le ayudaron a reunir los documentos y libros que necesitaba. También, a los amigos y diplomáticos que crearon una red internacional de contactos para identificar, adquirir y despachar cajas de fuentes primarias. Nada de esto disminuye el aporte de Prescott, pero el mito ha ralentizado el reconocimiento de la historia como una tarea colectiva que involucra a bibliotecarios,

archiveros, curadores, críticos e innumerables personas que aportan al quehacer histórico.

La *Historia de la conquista de México* muestra a un Prescott en la cúspide de su talento histórico y narrativo. Proporciona un claro ejemplo de la exitosa combinación de métodos históricos y literarios, junto a la aplicación de criterios teórico-filosóficos propios de su tiempo. Esta obra merece figurar entre los clásicos, sobre todo entre aquellos historiadores que aportaron a la comprensión y el avance de la disciplina en cuanto a teoría y métodos.

Referencias

- Alamán, L. (1844-1849). *Disertaciones sobre la historia de la república mejicana, desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo xv y principios del xvi de las islas del continente Americano hasta la independencia* (3 tomos). Imprenta de José Mariano Lara. [Versión digital: <https://goo.su/zbPxT>].
- Cheng, E. K-M. (2008). *The Plain and Noble Garb of Truth. Nationalism and Impartiality in American Historical Writing, 1784-1860*. University of Georgia Press.
- Clendinnen, I. (1991). *Aztecs. An Interpretation*. Cambridge University Press.
- Ernest, J. (1993). Reading the Romantic Past: William H. Prescott's History of the Conquest of Mexico. *American Literary History*, 5(2), 231-249. <https://doi.org/10.1093/alh/5.2.231>.
- Gardiner, C. H. (1961). *The Literary Memoranda of William Hickling Prescott* (2 vols.). University of Oklahoma.
- Gardiner, C. H. (1969). *William Hickling Prescott: A Biography* (Intr. A. Nevins). University of Texas Press.
- Gardiner, C. H. (Ed.) (1964). *The Papers of William Hickling Prescott*. University of Illinois Press.
- Irving, W. (1869). [Carta a William Prescott, Nueva York, enero 18 de 1839]. En P. M. Irving, *The Life and Letters of Washington Irving. By His Nephew Pierre M. Irving. Volume II* (pp. 326-328). G. P. Putnam's Sons. [Versión digital: <https://goo.su/G0JrU>].

- Johannsen, R. (1985). *To the Halls of the Montezumas*. Oxford University Press.
- Kagan, R. L. (1996). Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain. *American Historical Review*, 101(2), 423-446. <https://doi.org/10.2307/2170397>.
- Kagan, R. L. (Ed.) (2002). *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*. University of Illinois Press.
- Levin, D. (1959). *History as Romantic Art. Bancroft, Prescott, Motley, and Parkman*. Stanford University Press.
- Lockhart, J. (2001). Introduction. En W. H. Prescott, *History of the Conquest of Mexico* (pp. xxv- xxxiv). The Modern Library.
- Prescott, W. H. (1845). *Historia de la conquista de México. Tomo Segundo* (J. Navarro, Trad.). Litografía de Ignacio Cumplido. [Versión digital: <https://goo.su/CDCOj>].
- Prescott, W. H. (2001 [1843]). *History of the Conquest of Mexico* (Intr. J. Lockhart). The Modern Library.
- Prescott, W. H. (2004). *Historia de la conquista de México* (R. Torres Pabón, Trad.). Antonio Machado Libros/Océano.
- Ramírez, J. F. (1845). *Notas y esclarecimientos a la Historia de la Conquista de México del señor W. Prescott*. Litografía de Ignacio Cumplido. [Versión digital: <https://goo.su/CDCOj>].
- Restall, M. (2003). *Seven Myths of the Spanish Conquest*. Oxford University Press.
- Thomas, H. (1993). *Conquest. Montezuma, Cortés, and the Fall of Old Mexico*. Simon & Schuster.
- Ticknor, G. (1864). *Life of William Hickling Prescott*. Ticknor and Fields.